

Recordando a Miguel Ángel Asturias

Claude Couffon

Reunir en un libro los artículos que escribió en los años 1924-1933, durante los cuales vivió en París, dedicándolos activamente al periodismo, era una idea que preocupaba a Miguel Ángel Asturias desde hacía mucho tiempo. Creo que dicha idea se precisó en 1967 como consecuencia de una proposición que le hice. Ocupaba yo entonces el cargo de director de las ediciones que el profesor Charles Vincent Aubrun había fundado en la Sorbona con el nombre de «Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques». Este Centro no publicaba solamente tesis y recopilaciones de textos, sino también obras literarias desconocidas o ignoradas conferencias, epistolarios de escritores. En 1964, Asturias ya me había entregado para su publicación el cuento «Juan Girador», que acababa de escribir. Cuando le comuniqué mi proyecto de recoger y publicar su obra periodística de juventud, se puso pensativo y me dijo: «Algunos artículos resisten mal al tiempo, pero ¿por qué no? Desde luego, he conservado muchos de ellos. Para encontrar los otros, habrá que ir a Guatemala».

Algunos días más tarde, me dio tres gruesas carpetas que contenían unos doscientos cincuenta artículos. La mayor parte estaba impresa sobre un papel de mala calidad y Asturias los había pegado sobre un papel más fuerte para conservarlos. Un viaje a Guatemala e investigaciones en los archivos del diario El Imparcial, me permitieron añadir al conjunto unos cincuenta títulos más. Ya se anunciaba el libro en nuestro catálogo con el título Miguel Ángel Asturias, periodista parisino (1924-1933), cuando se produjeron los acontecimientos de Mayo del 68. La consecuente reestructuración universitaria y la creación de una dirección colegiada para administrar el Centro de ediciones,

impidieron que se organizaran de modo eficaz las publicaciones y el voluminoso material quedó en una estantería de mi biblioteca esperando una hora más propicia.

Ésta se presentó el día en que Amos Segala decidió fundar, en 1971, una colección donde se publicarían las Obras completas de Asturias, acompañadas de estudios críticos, y coeditadas por Klincksieck en París y el Fondo de Cultura Económica en América Latina. En el proyecto inicial, el libro titulado Obras de juventud, llevaba según la cronología el número uno. Entregué pues a Segala el conjunto de textos, que me parecía más o menos completo. En realidad, la obra sólo vio la luz diez años más tarde con el título de París 1924-1933, Periodismo y creación literaria, editada por la colección Archivos. Contenía 440 artículos, debido a la considerable aportación del hispanista Gerald Martin, que había encontrado un centenar más de ellos.

Este importantísimo libro que hoy se reedita, ofrece un número suficiente de excelentes estudios, por lo que no me arriesgaré a añadir una colaboración acerca del tema. Prefiero, recurriendo a mis recuerdos y a las numerosas cartas inéditas que conservo, contar lo que fue nuestra entrañable amistad y así contribuir a un mejor conocimiento de la persona y de la obra de Miguel Ángel Asturias.

Conocí a Miguel Ángel Asturias en el año 1952. No recuerdo quién nos presentó, si fue Juan Liscano o Jorge Carrera Andrade. En sus tierras venezolanas, la dictadura de Marcos Pérez Jiménez había obligado a Juan Liscano a exiliarse en París con su familia. En cuanto a Jorge Carrera Andrade, la vuelta al poder de Velazco Ibarra lo había forzado a dimitir de su cargo de Delegado Permanente del Ecuador ante la UNESCO, sin abandonar, a pesar de todo, la ilustre organización, pues su amigo, el poeta Jaime Torres Bodet, entonces Director general, le había confiado la responsabilidad de las publicaciones en castellano y, en particular, la de El Correo.

Miguel Ángel Asturias, el escritor latinoamericano más conocido en Francia, con Pablo Neruda, parecía más afortunado. El joven coronel progresista Jacobo Árbenz, Presidente de Guatemala y promotor de la reforma agraria en el país, acababa de nombrarlo Ministro Consejero de su Embajada en París. Lo recuerdo serio y cordial, tal como cuando, poco tiempo después de nuestro primer encuentro, sacó del bolsillo interior de su traje azul oscuro, muy estricto, un pequeño fajo de cuartillas. Eran poemas escritos a máquina –una máquina aparentemente muy vieja– y corregidos con una tinta color de tierra: «Claude –me dijo– me gustaría que Usted tradujera esto. En Francia no me conocen como poeta, pero creo que a través de estos textos se descubrirá el sentido profundo del alma india, tan misteriosa e ignorada».

Empecé la traducción y no tardé en apreciar la belleza de estos poemas rebosantes de ritmos, onomatopeyas, colores y perfumes, que evocaban la vida indígena y defendían con amor y fe la condición de los indios explotados. Les

añadí, seducido, unos textos más antiguos como «Tecún Umán», título que me pareció el más adecuado para el libro. Pero había que convencer a un editor, lo que en aquel entonces –como hoy–, y a pesar de la notoriedad del autor, no era muy fácil. Pensé en Pierre Seghers, a quien me unía ya una vieja amistad y varias publicaciones. Unos meses antes, Alain Bosquet había fundado en su editorial una bonita edición bilingüe titulada «Autour du Monde» y yo estaba preparando para ella traducciones de Juan Liscano y Jorge Carrera Andrade. Propuse el manuscrito y descubrí la verdad: la elegancia y el interés innegable de estos libros no llegaban a facilitar su venta y el editor tenía ahora que pedir una fuerte contribución económica a sus autores. En estas condiciones, no nos quedaba otra solución más que renunciar. Asturias pareció resignarse y pasaron algunos meses durante los cuales los poemas quedaron abandonados en un cajón de mi escritorio.

El 16 de septiembre de 1953, sin embargo, recibí de Miguel Ángel Asturias una carta en que me confirmaba su partida de París, al mismo tiempo que anunciaba que no había renunciado a su proyecto, aunque lo había modificado:

Mi querido amigo:

Efectivamente he sido nombrado Embajador de Guatemala en El Salvador y el 23 del presente mes me marcharé, vía Nueva York, hacia Centro América.

Desde luego sigo interesado en la publicación de las magníficas traducciones que Usted ha hecho de mis poemas y creo que el nombre apropiado sería el que Usted indica: «Tecún Umán» aunque la verdad, yo sigo creyendo que dada la importancia que en Francia adquirirán mis «cosas» después de la publicación de Hombres de maíz, en octubre, por la editorial Martel, y Leyendas por Gallimard, sería más propio publicar mi obra poética en la colección «Poetas de hoy» de Seghers. Esto ya lo tratará Usted y me escribirá al respecto...

De allá le mandaré al final de octubre, si no puedo antes, otros poemas de inspiración indígena para completar el libro...

Pasó el tiempo. En febrero de 1954, Asturias estaba en Buenos Aires, presentando su nuevo libro El Papa Verde, publicado por la Editorial Losada; lejos estaba él de saber que no tardaría en volver por necesidad a la capital argentina. Pero quizás lo presentía, porque ese mismo mes, encabezando la delegación de Guatemala en la Xª Conferencia Interamericana de Caracas, había oído los ataques proferidos contra su país por los defensores de los latifundistas, quienes preparaban desde el exterior –Nicaragua y Honduras– el reclutamiento de mercenarios, con el coronel rebelde Castillo Armas. El 17 de junio, la invasión de Guatemala por éste, la represión y las ejecuciones sumarias, obligaron al diplomático a renunciar a su cargo y a exiliarse en Buenos Aires, la ciudad de su editor.

Los años difíciles que siguieron habrían enterrado definitivamente nuestro proyecto si la reedición de Légendes du Guatemala, publicado por Roger Callois en su colección «La Croix du Sud», no hubieran salvado la situación. El 17 de marzo de 1955, Asturias me escribió desde Buenos Aires, después de un largo silencio:

Claude Couffon:

No quería escribirle sin entrever algo positivo, y ahora creo que podríamos ir más allá de nuestras intenciones: tengo en mi poder una carta de Gallimard, dirigida a Miomandre, en que le dicen que en esa editorial hay a mi disposición CINCUENTA MIL FRANCOS, y como el trabajo de Usted quedó pendiente, así como la publicación de mis poemas, por falta de «monetario», ¿serían suficientes esos cincuenta mil francos para decidir a Pierre Seghers? El libro sería como el de Juan Liscano, Tierra muerta de sed.

Tiene Usted, mi admirado amigo, que visitar a Seghers y convencerlo, y cuando Usted me dé sus noticias decidiremos en definitivo. Caso de publicarse, habría que agregar uno o dos poemas importantes, y entre estos «Bolívar», que escribí en Caracas hace un año, y que no sé si Usted conoce.

El 16 de abril, recibía nuevas precisiones:

Mi muy querido amigo:

[...] En el asunto de Seghers, para ir más ligero, le escribo hoy mismo a Monsieur Gaston Gallimard indicándole entregar a M. Pierre Seghers la suma de 50 mil francos, y a M. Pierre Seghers también le escribo, indicándole que cobre donde Gallimard esa cantidad, como «apoyo» para la publicación de «Tecún Umán». Le envió copia de la carta que le puse a Seghers, indicándole que arregle con Ustedes lo relativo a la publicación, como su contrato, y lo que a Usted le corresponde como traductor, por sus derechos.

Va con esta carta una copia de «Bolívar», poema que me inspiró la visita a la tumba del Libertador en Caracas, donde estuve durante la Xª Conferencia Panamericana, como representante de la Guatemala Inmortal; y como mis poemas han sufrido algunos cambios, los que le dejé a Usted, querría que me dijera de cuáles poemas se compondrá el libro —no tengo mis papeles conmigo— para así ver los que le hacen falta y remitírselos. No serán muchos.

Habrá que escoger una época propicia para la publicación de «Tecún Umán», que lo pondremos con «ENE» y no con «EME», TECÚN, pues la «EME», aunque así está en algunos textos antiguos, sólo sirve para confundir al lector y hacer más difícil la ortografía. Albin Michel publicará El Papa Verde, traducido por Miomandre, y Gallimard L'ouragan, traducido por Pillement. Quién sabe si esas publicaciones no se tardan mucho, si convendría sincronizarlas con

«Técún». Ya Usted verá allá. El caso, por otra parte, es que hay que decirle a Seghers que debe salir pronto el libro de poemas, dada la actualidad que, desgraciadamente por la causa, tienen las cosas de Guatemala en Francia y en el mundo entero...

El 29 de julio de 1955, otra carta me anunciaba, con una precisión algo divertida después de tanta tardanza:

Queridísimo Claude Couffon

[...] El 10 de agosto, lo más tarde, le pondré al correo un cuento inédito sobre tema americano, propio para el periódico del que me habla, y «La Marimba» y «Meditación del pie descalzo», poemas en los que introduje algunas reformas, cambios, etc., pero nada fundamental, y así mismo le mandaré un poemita del tamaño de «Los indios bajan de Mixco», para sustituir este que me parece ya viejo e intrascendente. En todo caso, Usted tendrá la última palabra, porque es Usted el que conoce el tono y tónica de estos libros...

¿Qué fue lo que ocurrió entonces? En mi recuerdo, como en la carpeta donde conservo sus cartas, hay un vacío de casi dos años, después de los cuales surge una carta enviada de Buenos Aires, el 14 de marzo de 1957:

Querido Couffon:

Le envío el poema que faltaba, Guatemala (cantata), y va antes de ¡Salve Guatemala! (que es salve, de saludo, y no sálvese quien pueda...).

Le copio, además, otro poema «Indignación» que tal vez cabe, o entra en lugar de otro de los que usted tiene, y que no dé muy bien en francés.

En cuanto al nombre, seguimos en la expectativa. No deje de comunicarme cuál era ese que Usted ideó con la palabra «mensaje». ¿Sería muy horrible en francés Vísperas de América? Creo que sí, aun cuando significaría que hasta ahora esté, en el reencuentro de su cultura, en sus vísperas de ser ELLA...

«Técún Umán» o «Vísperas de América» apareció por fin con el título de Messages Indiens en el otoño de 1958. Fue elogiosamente comentado por la prensa francesa, que descubrió así a un auténtico poeta. En una carta del 8 de enero de 1959, Asturias, que acababa de recibir el primer ejemplar del libro, no pudo esconder su alegría, una alegría que le incitó a escribir unas líneas llenas de cariño y delicadeza celebrando mi traducción, la cual no merecía tanto encomio: «Es Usted un as de traductores», decía él entre otras cosas. En la misma carta, me ponía al tanto de su trabajo y de la vida laboriosa que llevaba en Buenos Aires:

Siempre estoy en deuda con Usted, sobre otra «nouvelle», pero la verdad es que no he tenido tiempo, pues gano la vida escribiendo artículos, y eso me quita mucho tiempo, y además mi trabajo de la novela que, como voy haciendo una especie de recreación del idioma, me cuesta mucho avanzar. Pero ya está terminada, y al solo entregarla al editor, le prometo mandarle un original, para que la traduzca.

El impresionante número de páginas de la novela y, sobre todo, otras actividades profesionales, hicieron que no tradujera Los ojos de los enterrados. Faltaban algunos años para que nuestra colaboración se hiciera más estrecha, fortaleciendo nuestra amistad.

Estábamos en 1963. Asturias se encontraba en París con su esposa argentina, Blanca, en un nuevo exilio. Algunos meses antes, Guatemala había conocido una recrudescencia de la violencia, mientras la guerrilla se implantaba en las montañas, y la voz de Asturias se había vuelto más polémica para denunciar los apoyos exteriores –entre ellos los de Argentina– a un régimen fatal para su patria. Tal condenación había irritado al gobierno del país que lo acogía y la orden de expulsión fue pronunciada.

En seguida Asturias decidió marcharse hacia una capital que siempre había amado, París. Pero sin equipaje y sin dinero. En Buenos Aires, sus actividades de periodista y las traducciones de Sartre, Claude Simon y Robbe-Grillet, hechas en colaboración con su mujer, habían permitido al matrimonio vivir humildemente pero con dignidad. En París, el único recurso de Asturias era su popularidad. Se había instalado en un pequeño hotel de la calle Campagne Première, cerca de su editor francés Albin Michel. Debía de estar muy pobre porque no me recibía, como en otros tiempos, en su habitación. Me esperaba en el umbral del hotelito. Recobro la imagen, con gran emoción: es invierno, y aquí está, delante de mí, corpulento, vestido con su eterno traje azul oscuro bajo un abrigo del mismo color, sólo amenizado por una bufanda blanca; una ancha boina vasca cobija su cara aguileña de marcados rasgos mayas, una sonrisa amistosa y vagamente triste se dibuja en sus labios pulposos. Había engordado un poco, pero sin grandes cambios aparentes. Era el mismo hombre serio, meditabundo, el humanista que sabía salir de su natural discreción cuando se trataba de defender las causas humanitarias; el mismo hombre que yo había visto aparecer, algunos años atrás, en el escenario de la inmensa sala de la Mutualité llena de gente, al lado de Louis Aragon, Paul Eluard, Picasso, Tristan Tzara y algunas otras personalidades, para condenar la guerra de Indochina. Cada uno leyó el discurso que había escrito y que, por momentos, oíamos con dificultad. De repente, y en último lugar, Asturias tomó la palabra. Habló –tendría que decir improvisó– un discurso apasionado, de tribuno, dirigiéndose a una muchedumbre cuya emoción iba creciendo y que espontánea-

mente se levantó para aplaudir durante varios minutos a aquel que, sin preparación alguna, exponía –o casi cantaba– su pensamiento de pacifista convencido.

En 1963, Mulata de tal, una de las obras maestras del realismo mágico, fue la novela que reanudó nuestra amistosa cooperación. El editor Albin Michel había confiado la traducción del libro a una de sus colaboradoras, que no pudo llevar a cabo el trabajo porque murió apenas iniciada la versión francesa. Cuando Asturias me consultó acerca de un nuevo traductor, le contesté que me parecía que esa agradable tarea le correspondía a Georges Pillement, ya que había traducido sus libros principales (Francis de Miomandre, su descubridor, había fallecido algunos años antes). Cada vez que evocábamos el asunto, yo veía a Miguel Ángel muy preocupado, una preocupación que poco a poco tomaba el aspecto de una cierta contrariedad. Fue Blanca la que clarificó el misterio al anunciarme: «Claude, es que Miguel Ángel quiere que seas tú quien traduzca su Mulata». Y, naturalmente, acepté encantado.

Necesité más de un año para llevar a cabo esta traducción difícil, llena de invenciones verbales y juegos de palabras, que me transportaba al laberinto de un mundo onírico, siempre ligado a la realidad rural guatemalteca.

Una vez terminada la traducción, se planteó el delicado problema del título francés. ¿Cómo traducir la expresión tan peyorativa de tal que se emplea para calificar a una mujer de mala vida? «Une espèce de...», «Espèce de sale...» correspondían a la traducción literal. El primer título que sugerí, «Mulâtresse de mes...», tenía la sonoridad y la tonalidad despectiva del título original, pero pareció demasiado grosero al editor. La época era bastante pudibunda y no se apreciaban los títulos provocativos. Otras expresiones como «Mulâtresse du diable» o «Une satanéé mulâtresse» llevaban su parte de verdad pero excluían toda connotación sexual. «Une belle garce de mulâtresse» o «Cette catin de mulâtresse» eran más exactas pero carecían de armonía.

Consulté a Miguel Ángel –entretanto él había encontrado en el Columbianum de Génova un abra de paz para su exilio– y recibí, el 9 de septiembre de 1964, una larga carta en que me proponía, con humor, una solución que complicaba aún más la situación:

En cuanto al título, M. Sabatier, antes de salir, me decía que el mejor, para él, era “Cette sacrée mulâtresse”, pero con Blanca se nos ha ocurrido que podría ser este: «MÁGICOS, PROBABLEMENTE OTROS». En español suena muy bien, no sé como sonaría en francés, porque todos en la novela son «mágicos», más que todo mágicos, y también todos «OTROS», ninguno era el que era. Y lástima que no se le pueda poner, o quién sabe, «LA VIUDA AMARILLA», porque la MULATA, cuando los brujos la castigan antes de mutilarla, le gritan «MAL-CAN», que es VIUDA, es VIUDA DEL MAÍZ, o ponerlo, pero no LA VIUDA

DEL MAÍZ, sino del amarillo señor, VIUDA DEL amarillo SEÑOR. Creo que desgraciadamente en francés no daría. Hay que pensar que se decía que Yumí, el que fue marido de la Mulata, tenía el esqueleto de oro. Es decir viuda del hombre del esqueleto de oro.

Pero en el post-scriptum a la carta, Asturias parecía ya convencido:

En definitiva, pensándolo bien, el mejor título es CETTE SACRÉE MULÁTRESSE y ése, SI NO HAY OTRO, LO DEJAREMOS. Corresponde un poco a los títulos de libros y películas que se están usando hoy.

No lo dejamos. En el último momento, Asturias decidió que la novela se titularía Une certaine mulâtresse, dejando así el campo abierto a toda clase de interpretaciones. Lo que efectivamente se produjo.

Respondiendo al deseo del editor, yo tenía también que escribir un prólogo en el cual expondría, con la ayuda de Asturias, los elementos que facilitarían la lectura. En la carta mencionada, Asturias aludía al proyecto:

Querido Couffon:

Le mandé algunas notas sobre Mulata de tal. Pienso que le servirán, primero para el prólogo, y luego cuando el libro aparezca en Febrero de 1965, para una entrevista en Lettres Françaises, pues bastará ponerles las preguntas, y allí están mis contestaciones. Es más, pensé que acaso, para aliviarse Usted de la lata del prólogo, todo prólogo es una lata, cabría acaso –eso Usted sabe mejor que yo lo que se estila en Francia–, hacer una como entrevista, Usted, prologuista entrevistándome, y en ese caso creo que las notas que le mandé serían de gran utilidad para situar al lector francés tan ajeno, como todo europeo, a esos asuntos de magia. Llevaría pues, el libro, en lugar de prólogo, un Prólogo entrevista, ¿qué le parece?, y en ese caso Usted no tendría más que coordinar lo que le mandé como entrevista, poniendo las preguntas, y algunas consideraciones suyas que vengan al caso, aquellas que yo, aunque iban en los apuntes, por lógica, no puedo decir de mi obra. ¿Qué le parece? Yo como soy enemigo de los prólogos, saldré un día como Don Quijote a deshacer prólogos y ferir prologuistas, sin más Sancho que mi ancha sombra.

Finalmente renunciamos al prólogo y los apuntes que me mandó sirvieron para una larga entrevista que publicó el periódico Les Lettres Françaises, el 8 de abril de 1965.¹ Miguel Angel Asturias me dedicó muy bellamente el pri-

¹ «Des terres du diable à Paris, avec Miguel Ángel Asturias».

mer ejemplar de la traducción: «A Claude Couffon, que tuvo a la Mulata entre sus manos, su M.A.A.».

Por aquellos años, Asturias iba escribiendo cuentos que me enviaba o me entregaba una vez terminados. Yo los traducía y publicaba en revistas o diarios que los acogían con entusiasmo, sin consideraciones políticas. La popularidad en Francia del novelista guatemalteco era tal que a veces la publicación francesa precedía a la española. Fue el caso de El espejo de Lida Sal, que salió en París antes de la publicación mexicana; lo que explica que faltan en la edición francesa los cuentos «Leyenda de la campana difunta» y «Leyenda de Matachines», escritos durante los cinco meses que separaron las dos ediciones. En su dedicatoria, Asturias reconocía cariñosamente nuestra estrecha colaboración: «A Claude Couffon, con la alegría de tenerlo siempre como copiloto, con toda mi simpatía y afecto, M.A.A.». Era verdad, y como lo confirmaría el porvenir; nuestra amistad se había vuelto intimidad, y nuestra colaboración, complicidad.

En Guatemala, la accesión a la Presidencia de Méndez Montenegro y su decisión de una amnistía general permitían soñar con un regreso a la paz social, continuamente amenazada por la guerrilla. En agosto de 1966, Asturias había aceptado el cargo de Embajador en París. En su departamento de la Embajada –73, rue de Courcelles–, escribía Maladrón. Decidimos que, para ganar tiempo, procederíamos como lo habíamos hecho con los cuentos: me entregaría cada capítulo de la novela al terminarlo, para que lo tradujera. Fue cuando, a través de una reacción inesperada, me di cuenta por primera vez de la complicidad que ya mencioné. Había terminado de traducir el capítulo IX de Maladrón y fui a recoger el capítulo siguiente. Cuando Miguel Ángel Asturias abrió la puerta, percibí en sus rasgos algo inhabitual, una tristeza extraña y cierta expresión de desconcierto. En seguida me confesó: «Claude, acabo de matar al Tuerto Agudo y a Zenteno; van a morir, picados por la tarántula de la Trinis. ¿Qué hacemos?». Ese plural me dejó más que sorprendido: «Pero Miguel Ángel, es Usted quien decide». Finalmente, Miguel Ángel decidió mantenerlos en vida, introduciendo la presencia de un incongruente Fray Damián.

Esa cariñosa complicidad del plural se repitió un día de la primavera de 1970, en que yo venía a trabajar con él como de costumbre. Me acogió con alegría: «Claude, firmamos el contrato». Este plural de nuevo me intrigó, pero en seguida aclaró: «Sí, con Skira. Es un hombre encantador». Y me explicó: había encontrado a Albert Skira, editor suizo, en casa de Gaëtan Picon. Skira había fundado con éste, hacia algunos meses, una colección bellamente ilustrada, en la cual novelistas, poetas, dramaturgos y pintores podían interrogarse acerca de los misterios de su arte, e incluso estampar sobre el papel lo que se les ocurría. En esta colección, titulada «Les sentiers de la création», ya habían aparecido un libro piloto de Elsa Triolet, La mise en mots, y tres ensayos de Louis

Aragon, Eugène Ionesco y Michel Butor. Amistosamente solicitado, Asturias había aceptado colaborar y había propuesto el título: Quatre Soleils (Cuatro Soles). Ya habíamos firmado el contrato, él como autor, yo como traductor. Pero era necesario apresurarse. Skira estaba impaciente. Para escribir su libro Miguel Ángel partiría a Mallorca, una isla amiga que le brindaría el ambiente propicio para la creación, y me enviaría cada semana un capítulo que yo traduciría inmediatamente y comunicaría, no menos diligentemente, a Skira, quien así tendría tiempo para buscar las ilustraciones adecuadas. Cada «Sol» tendría cuatro partes y el manuscrito definitivo estaría terminado en septiembre.

He olvidado por qué, a pesar de nuestra prisa inicial y nuestra palabra dada, algunos meses pasaron. En abril de 1970, otros volúmenes de Roland Barthes, Roger Callois, Jean Starobinsky y Claude Simon enriquecieron la colección. En la portada de ellos se anunciaba, junto con textos de Jean Prévert y Gaëtan Picon: Quatre Soleils, de Miguel Ángel Asturias.

Llegó el final de junio; me fui de vacaciones a mi casa de Normandía y Miguel Ángel y Blanca partieron por fin a Mallorca. Desde el Hotel Punta Negra, en Portals Nous, me envió el primer capítulo con una breve carta poco optimista, fechada el 12 de julio:

Querido Claude Couffon:

Perdóneme, pero hasta ahora le mando «esto». Salí de París tan cansado, y aquí no logré parar cabeza, sino después de dormir y dormir no sé cuantas horas...

Una semana más tarde, otra carta, esta vez con el membrete del Hotel Formentor, en Puerto de Pollensa, me trajo el segundo capítulo. El tono alegre de la carta revelaba que mi viejo e ilustre amigo había recuperado fe y entusiasmo:

18 de julio de 1970

Querido Couffon:

Cumpliendo con lo prometido le va el segundo capítulo de Cuatro Soles... Dentro de 8 días, es decir hacia el 28, le mandaré el tercer capítulo, más o menos del mismo tamaño. Creo que dará muchas páginas, cuartillas, este capítulo que le mando, porque las páginas son muy largas y la máquina de letra pequeña. Hago votos porque tenga buen tiempo, buena salud, buen humor y buena disposición para el trabajo. Cariños de Blanca y abrazos de su afectísimo servidor,

Miguel Ángel Asturias

Durante todo el verano recibí, cada semana, un nuevo capítulo, acompañado de una carta que me explicaba las referencias oscuras o la evolución a veces caprichosa del texto. Y llegó el 20 de septiembre, día en que recibí —y icon qué sorpresa!— la carta siguiente:

Mi querido Claude Couffon:

Le escribo esta carta para informarle que el miércoles próximo, miércoles 23, dejaré Palma y marcharemos a París, de paso para Alemania, porque me han invitado mis editores alemanes para ir a la Feria de Francfort. Estaré en París, 23, 24 y 25, y el sábado 26 saldré para Alemania, de donde al volver, será cuestión lo más de 8 días, ya nos quedaremos en París, en 27, rue Saint-Ferdinand, 17ème, con teléfono 380.82.90.

Por otra parte estoy al principio del TERCER SOL, y ahora se me ocurre que el libro debe titularse así:

TRES DE CUATRO SOLES

y en este caso, sólo terminaríamos el TERCER SOL y listo: al final de Octubre, o antes podría Skira tener el original completo.

Le escribo hoy mismo a Skira, proponiéndole el cambio de título, para que lo incluya con este nuevo título en su propaganda.

A mí por todo me parece más poético, más misterioso, el nombre de TRES DE CUATRO SOLES que CUATRO SOLES, que resultaba poco poético, chato y muy arqueológico.

Llámemme por teléfono, y así, si es posible, arreglaremos una cita, sino al menos nos «oímos».

Un abrazo,

Miguel Ángel

El pretexto «poético» invocado para cerrar más de prisa en su obra este paréntesis literario no carecía de humor. Lo que Miguel Ángel Asturias por cierto ignoraba es que acababa de escribir, divirtiéndose, una obra maestra.

Me fue necesario esperar 1971 para recibir los dos primeros y últimos capítulos del «Tercer Sol». Me llegaron con algunas líneas manuscritas escritas con grandes letras negras que ocupaban toda la página como un grito de liberación:

«París, miér...coles

Couffon:

Faltan 4 páginas en una especie de colofón o pequeño capítulo XI que se las mandaré el sábado.

Abrazos

Miguel Ángel

El libro fue publicado en abril de 1971.² He guardado durante mucho tiempo el manuscrito que yo había reconstituido reuniendo las diferentes cuartillas,

² He contado la historia del libro, incluyendo todas las cartas mandadas por Asturias, en mi estudio «Pequeña historia de un libro: *Tres de cuatro soles*, de Miguel Ángel Asturias», in *Mélanges américains en hommage à Paul Verdevoye*, Paris, Editions Hispaniques, 1985.

muy corregidas, que Asturias me enviaba. Me enteré, al entregarlo al Fondo Asturias de la Biblioteca Nacional de París, que Asturias no había conservado ninguna copia y me mandaba las cuartillas originales.

Con el dinero del Premio Nobel de Literatura, otorgado en el año 1967, Asturias había comprado un departamento cerca de l'Étoile, rue Saint-Ferdinand. Nos reuníamos allí con más frecuencia que en la rue de Courcelles, porque yo estaba preparando para la colección «Poetas de hoy» de Pierre Seghers un libro sobre él. Un libro que ya no necesitaba ningún «apoyo» económico y, al contrario, nos iba a ser pagado –mal, pero al fin y al cabo, pagado. Mi ambición era escribir un ensayo biográfico, el primero que se dedicara a un autor cuyas obras eran conocidas, pero de quien se sabía poca cosa. Tenía por lo tanto que consultar a Asturias, hacerle preguntas y hasta confesarlo con una insistencia que sólo el cariño que me reservaba podía permitir.

Aquellas horas que dedicamos a las confidencias fueron apasionantes y las recuerdo con emoción y nostalgia. Trabajábamos en el saloncito que servía también de comedor y biblioteca. En la intimidad, Miguel Ángel renunciaba al estricto traje azul oscuro para adoptar un vestir más relajado: envolvía su robusto cuerpo en una bata color rojo de cereza y calzaba babuchas amarillas en las cuales se movía lentamente por la habitación. Una calvicie apenas vencida por una ligera sombra de pelo ponía de relieve la frente ancha y convexa, la nariz arqueada, las pecas oscuras de las sienes y la boca espesa y sensual. Cerca de nosotros, Blanca leía o se atareaba delante de su máquina de coser portátil, escuchándonos, porque no se trataba de que Miguel Ángel se abandonase a algunas confidencias íntimas sobre su juventud y, más precisamente, sobre su vida sentimental pasada. Estos asuntos los callaba él con prudencia. No dudo que me ocultó ciertas zonas secretas, varios acontecimientos sobre los cuales deseaba guardar un silencio púdico, pero jamás rehusó a entrar en el juego y, poco a poco, en el desorden de la memoria, iba reconstituyendo para mí las grandes etapas de su vida. Cuando un recuerdo divertido brotaba de un pasado lejano o cercano, una inmensa carcajada –la misma que prestaba a veces a sus personajes: ¡Ja! ¡ja! ¡ja!– saltaba de su boca como una alegre catarata.

El libro se publicó en abril de 1970. Asturias había sido sincero, y creo que las investigaciones universitarias que se hicieron uno o dos decenios más tarde no lo han desmentido en nada.

Algunos años antes, yo había creado en el Centro de Ediciones del Instituto de Estudios Hispánicos una colección cuyo título «Pages oubliées, pages retrouvées» revelaba la intención. Gracias a la preciosa ayuda de Robert Marrast, que había descubierto los textos, publiqué las prosas y poesías de guerra de Antonio Machado y la lindísima Pájara Pinta de Rafael Alberti. En cuanto a mí, un viaje hecho a Guatemala me había permitido encontrar un rarísimo ejemplar de la tesis de sociología que Asturias presentó a la Junta directiva de

la Facultad de Derecho de su país en diciembre de 1923, antes de salir para Europa: El problema social del indio. Me pareció que ese texto «olvidado» merecía una reedición. Cuando consulté a Miguel Ángel, se entusiasmó: «Sí, pero voy a escribir un prefacio, porque ya no estoy de acuerdo con las conclusiones de mi tesis; y hay también otros textos sociológicos que escribí en aquella época y que le voy a entregar». De repente, tomó esa expresión grave que era la suya en las grandes circunstancias: «Claude, ¿y por qué no publicar también mi obra de juventud, los cuentos que son anteriores a las Leyendas de Guatemala y mis reportajes literarios? Conservo algunos. Otros serán más difíciles de encontrar porque se esconden en los diarios y revistas de mi país; pero, desde luego, podemos intentar sacarlos de sus guaridas». Lo intentamos. Él sobre todo se empeñó en la búsqueda y en sus cartas me ponía al corriente de sus hallazgos. Cada vez que lo visitaba, me entregaba los documentos que el tiempo había amarilleado o alterado, como por ejemplo esa página grande del diario América Central de Guatemala, del 15 de septiembre de 1925, donde, con un largo reportaje de Asturias titulado «Florentina», figuraba el conmovedor retrato del escultor Juan José Sicre «en el momento en que descubre la estatua de Florentina» y una hermosa reproducción de ésta; o el relato, ilustrado con dibujos, de la peregrinación que el entonces muy católico Asturias hizo con su madre a Lourdes, y que el Diario de la Marina de La Habana publicó en diciembre de 1927 con el título de «La ciudad de las mil y una misas». A veces, Asturias descubría en sus archivos el texto original y otras veces me señalaba las referencias de los cuentos que yo tenía personalmente que recuperar.

¿Cómo encontró el manuscrito de su novela inédita, escrita a los dieciocho años, Un par de invierno? No lo sé. Me enteré de su existencia (con un título que la memoria de Asturias deformó) en una carta del 16 de agosto de 1970, enviada desde Palma de Mallorca con el primer capítulo del «Segundo Sol»:

Efectivamente creo que tengo en París un relato muy primigenio titulado Dos de invierno, me había olvidado de mostrárselo y cuando estemos en París se lo daré. La verdad es que yo no le daba importancia. Lo malo es que como todo lo demás, está en París y no hay quien me lo encuentre porque la biblioteca está muy en desorden por la mudanza.

Algún tiempo después, me entregó el precioso manuscrito que conservo. Se trata de cien cuartillas amarillentas, mecanografiadas con tinta roja, que su abuela –me dijo– había encuadernado con lo que disponía, es decir, un mantel de cocina de cuadritos rojos y blancos. La ortografía suele ser defectuosa, y al reverso de algunas hojas, el joven Asturias se ejercita en trazar una firma digna de él: «La novela la escribí –me confió– de diciembre de 1917 a marzo de 1918, bajo una carpa, porque fue el momento del gran terremoto y fuimos a

vivir fuera de las casas que se estaban cayendo. Entonces, para hacer algo, me puse a escribir esa novela. En esa época había muchos bohemios, muchas gentes que cruzaban los escombros de la ciudad, gentes totalmente desasidas, y la fatalidad del desasimiento se siente en mi novela. Fue mi primer ejercicio largo. Hasta entonces yo había escrito pequeños poemas, pequeñas semblanzas de la gente que huía del terremoto, sacando sus pobres trapos. Son textos hoy perdidos. Un par de invierno se salvó porque una tía mía guardó el manuscrito. Cuando murió, hace hoy diez años, lo encontré entre sus papeles».

Los dos libros aparecieron en una bonita edición de mil ejemplares numerados, en septiembre y diciembre de 1971.

Transcurrieron los años y el prestigio literario de Miguel Ángel Asturias, fortalecido por su extraordinario poder de simpatía y su calor humano, impulsó a los intelectuales y universitarios a interesarse cada día más por él y por su obra. Nuestra complicidad y el placer de reunirnos para «hablar de otras cosas» no se resintió por tal éxito.

Durante todo el tiempo en que preparó Viernes de Dolores, Asturias me entregó como siempre los capítulos a medida que los escribía, para que los tradujera. Yo había conocido en Guatemala a varios de los personajes que animaban esta novela testimonial³ y comprobé con qué arte y humor el novelista se hacía el memorialista de una época universitaria que se reveló para él tan activa y exaltante.

Estaba trabajando en la traducción –atrasada por una grave enfermedad– cuando me llegó la dolorosa noticia: Miguel Ángel acababa de morir en Madrid. Era un triste 9 de junio de 1974.

³ Véase el estudio «Llaves para una lectura», in Miguel Ángel Asturias, *Viernes de Dolores*, edición crítica de las *Obras Completas*, Ed. Klincksieck/Fondo de Cultura Económica de México, 1978.